

LOCURAS &
CIA

TODAS NUESTRAS MENTIRAS



Valeria Cordini - Fabián Navarro - Zoe Xaern - Kaiser Espinosa - Rubén Décrit - J.G. Dante

LIBROS LA TORTUGA BOBA

LA DECISIÓN

Valeria Cordini

I

Llamaron a la puerta. Era la secretaria, Lorena García, para dejar sobre la mesa de la sala de reuniones una bandeja con un termo de café recién hecho y unas tazas limpias. Retiró las usadas y se marchó. Solo entonces regresó el clima de confidencialidad perturbado por la breve interrupción.

—¡Yo ya te he dicho que no deberíamos pedir ni un euro más por adelantado, que es un error, sobre todo teniendo en cuenta lo que nos estamos encontrando en la fase de diseño! Ya pedimos un cincuenta por ciento hace medio año. Por entonces, aún no sabíamos lo que iba a pasar, pero ahora otro veinte por ciento adicional, ¡no tiene sentido! Aun así, es tu decisión, no la mía — sentenció el director general, Juan Francisco Éibar, al tiempo que su puño golpeaba enérgicamente la mesa frente a él.

A continuación, cerró la sesión de Skype Empresarial con Terry Gorge, el CEO de la multinacional, y permaneció varios segundos en silencio; sus ojos perdidos en el horizonte inmediato de su pluma estilográfica, una Montblanc StarWalker azul, con la que hizo un par de garabatos en su cuaderno de notas. Por fin, regresó a las miradas difusas de todo su equipo directivo, sentado en torno a él.

Había tensión. La delegación de España estaba en riesgo. Aquella discusión con la sede central de la compañía había sido demasiado fuerte. Todos callaban, el silencio quemaba.

Hugo Santamaría, el director comercial, dijo casi en un susurro:

—Juan, ¿qué vamos a hacer? Estamos atados de manos. Es un juego sucio.

Tras unos segundos sin decir una palabra, el director general les espetó a todos, con el tono de quien sabe que van a perder:

—Yo tampoco lo veo... Esto va a salir mal. Pero, *alea iacta est*. Además, «donde hay patrón, no manda marinero». —Tras la secuencia de citas, se levantó de su silla y comenzó a pasear de un lado a otro de la sala con pasos pesados, llevando consigo una carga: el destino de las personas a las que él había dirigido durante diez años desde la planta 59 del edificio Congreso en Madrid. La multinacional neozelandesa SERENDIPITY Co., productora de maquinaria industrial, era líder mundial en su sector, y la unidad de negocio de España tenía un peso más que relevante a nivel global, por hacerse cargo de varias de las principales cuentas de clientes. Aquella era la primera vez que los ponían en una situación tan forzada desde la matriz.

El tono majestuoso del CEO en la reunión, dándoles instrucciones directas para ir al abismo, sonaba como una verdadera premonición de los acontecimientos venideros. Las instrucciones eran cristalinas, no había lugar para la interpretación.

Juan Francisco seguía sintiendo rabia. Estaba echando un pulso a Terry, y no se limitaba a lo acontecido esa mañana, ni a ese negocio que les iba a estallar en las manos, ni siquiera a las últimas estrategias de ingeniería financiera que apalancaban a la empresa. Detrás de su furia había mucho más que un enfrentamiento empresarial, había una confrontación personal. Pero solo él, en la oficina española, lo sabía.

Las conversaciones entre ambos se habían ido endureciendo paulatinamente en los últimos meses, y las reuniones en línea llegaban a su fin con brusquedad, sin mediar una despedida. El clima era propicio para que, en cualquier momento, uno de los dos sobrecargara la situación lo suficiente para desencadenar la ruptura definitiva.

...

UN RELATO EN LA ARENA...

Fabián Navarro

En aquel momento, sin adornos ni miramientos, la consciencia llegó hasta mí arrebatando de golpe la paz de mis sueños. Conseguí entreabrir los ojos aquel curioso día; una vez más el intenso sol de la mañana, sol tiznado del color de la arena, me saludó sonriente y quizá algo burlón. Hice a un lado la delgada sábana en la que estaba enredado y casi al instante mis pies sintieron el polvoriento contacto con el suelo. Parecía tan solo un día más, como cualquier otro, en los interminables dominios del desierto.

Unos golpes en mi puerta, tímidos en un inicio e insistentes después, me obligaron a romper mi lánguida inactividad.

—¡Alín, despierta, tengo un trabajo para ti! —Pude distinguir las palabras apenas haciéndome a la idea de estar despierto. Abrí la puerta y, en una sorpresa no del todo agradable a esa hora, encontré más allá del dintel a Omar, mi amigo de siempre.

Omar y yo nos conocíamos desde hacía años. Había sido mi capataz en una construcción de la que injustamente me habían despedido cuando era poco más que un niño. Me tenía aprecio, y yo a él. Era un buen hombre, y había sido amigo de mi padre.

—¿Aún dormías? —preguntó sin siquiera un saludo y con el ceño fruncido—. El sol radiante invitando al trabajo y tú durmiendo.

—¡Aquí el sol solo invita a escapar de él! —respondí refregándome un ojo.

—Tengo un trabajo para ti —repitió algo impaciente. No era buen augurio. Omar reservaba para mí aquellos trabajos que nadie más competente quería tomar; o quizá nadie con un mínimo de inteligencia. Así había sido desde la muerte de mi padre; desde aquel maldito día en que una fallida revolución se lo había llevado.

—¿De qué se trata?

—El coronel inglés quiere partir en otra de sus expediciones.

Mi cara debió de evidenciar mis pensamientos en aquel momento.

—¡Anda, holgazán! Es lo mismo de siempre. El ingenuo perderá su tiempo y tú recibirás la paga. ¡Es lo mismo de siempre! —instó como quien está acostumbrado a levantar el ánimo por las buenas o por las malas.

Dos horas más tarde, conducía a mi cliente por las áridas y traicioneras arenas.

—¿Otra vez una piedra en tu sandalia? —La voz descendió desde lo alto del camello—. ¿Cuántas veces tengo que enseñar a los tuyos que deben vestir botas en este terreno?

Me limité a hacer una reverencia mientras apoyaba una mano en la pierna del gran animal para, con la otra, retirar la molesta piedrecilla que hacía doler mi pie. Reanudamos la marcha, él parecía tener bastante prisa. El tiempo era bueno, podría haber disfrutado el paseo,

pero ellos siempre actuaban de esa manera. Yo ya estaba acostumbrado, solo era un trabajo. Con los años me había forzado a pensar así; adormecía el resentimiento con el brillo del dinero.

...

CUANDO EL DIABLO DUERME CONTIGO

Zoe Xaern

Otra vez te despierta de madrugada. Solo es un tierno beso en el cuello, pero sabes de sobra que tiene planes. No es la primera vez. Tus sentidos están adormecidos, pero intuyes la sutil música que ha puesto para ti, a la vez que notas en el aire ese perfume que tanto te gusta que lleve. Ahora no vas maquillada ni tus ojos tienen la fiera felina de anoche, cuando llegaste y te colaste desnuda en la cama, pero eso no le importa. Te desea. Siempre te desea.

Sin darte tiempo a reaccionar, desaparece entre las sábanas y tu mente vuela hacia otro momento, no muy lejano en el tiempo, confundida por la sensación de vértigo que comienza a erizarte la piel. El algodón no se detiene con tus cavilaciones y sigue deslizándose por tus tobillos, tensando y separando tus piernas con una poderosa fuerza invisible que te hace temblar. Respiras profundo y te evades, cediéndole el control del placer a tu piel, sin medir las consecuencias de semejante temeridad.

En tu cabeza, Erika y sus manos suaves, su voz dulce. Erika y su maestría como *nawashi*⁽¹⁾. En tus recuerdos, la libertad del abrazo infinito de tu primera experiencia *shibari*⁽²⁾.

La cuerda sigue paseándose a placer sobre una de tus piernas. La sientes recorrer desde la rodilla, ascendiendo despacio, enroscándose en tu muslo como

una serpiente. Antes de que sea tarde y te apriete más de lo debido, contraes hábilmente tus músculos para conseguir holgura suficiente entre sus cabos, pero de repente roza tu sexo y la sensación te hace saltar como un resorte. Lo limitado de tu movimiento te recuerda que te has entregado al juego hace ya unos minutos, que le estás cediendo tu preciada voluntad al hombre que duerme contigo desde hace solo un par de meses. La situación y el riesgo te excitan.

La sensación de poder te abandona a medida que su incursión avanza y tu espacio personal se reduce.

—Cuidado —ruegas con un susurro, y te inclinas para evitar que el roce de la cuerda te deje marcas. No te las puedes permitir.

—Disculpa —responde el osado aprendiz, cambiando sutilmente la dirección del áspero cordón que desliza por tu talle y te envuelve el pecho hasta apresarlos por completo—. ¿Mejor?

Asientes y cierras los ojos, sin más preocupación que disfrutar del cosquilleo que te sube por el brazo y lo fija al cabecero. Sientes crecer la tensión poco a poco, pero estás cómoda pese a la tirantez. Tu cuerpo descansa sobre el colchón y, cada vez que te mueves, el roce estimula varias de tus zonas erógenas.

. . .

(1) Nawashi: «Artista de la cuerda». Los nawashi son aquellos que tienen cierta competencia reconocida en el arte erótico histórico del kinbaku o kinbaku—bi.

(2) Shibari: «Atadura» (o Kinbaku: «atadura tensa»), es un estilo japonés de bondage que implica atar siguiendo ciertos principios técnicos y estéticos, empleando cuerdas generalmente de fibras naturales.

LA MÉDIUM

Kaiser Espinosa

1

Fue una de aquellas sucias mañanas madrileñas, en las que el cielo se encapota y una fría llovizna hace el empedrado resbaladizo, cuando Claudio, el viejo bedel del teatro Martínez López, salía renqueando del almacén cargado con los nuevos carteles y una escalera. El clima húmedo hacía que le doliera la rodilla y no tenía quien le ayudara. Aunque habíase quejado una y mil veces a don Andrés, el dueño, de que necesitaba un mozo para esa clase de tareas, este le había dicho simple y llanamente que no, que el teatro no estaba como para gastar la pólvora en salvas y que si traía un mozo era para despedirlo a él. Refunfuñando y maldiciendo su estampa, Claudio hacía cargo de aquel teatro ruinoso como podía. No es que el lugar no viviera sus mejores momentos, sino que estos nunca habían llegado. Al menos, cuando se construyó, el sitio era nuevo y aparentaba, pero ahora daba pena verlo. Las paredes tenían humedades, los suelos crujían y estaban gastados del roce de las puertas y, por mucho que limpiaran, flotaba en el aire un insoportable olor a polvo y decrepitud. Las lámparas parecían nubes por la cantidad de esponjosas telarañas que las cubrían, los óleos y frescos estaban oscurecidos y, en general, cualquier visitante que acudía sentía un escalofrío que le quitaba las ganas de pasar más allá del vestíbulo. Por eso, cuando don Andrés le dijo a Claudio que habían contratado el teatro para un nuevo espectáculo, el bedel no pudo evitar

pensar si de verdad valía la pena el esfuerzo por un par de reales.

A ambos lados de la entrada había sendos marcos de latón dorado, que Claudio tuvo que desatornillar, quitarles el cristal, colocar los carteles del nuevo espectáculo, ponerles de nuevo el cristal y atornillarlos otra vez. Volvió dentro, y salió con un cubo de agua jabonosa y una esponja para limpiarlos. A lo largo de los años, el Martínez López había alojado un puñado de obras de tres al cuarto, con largos periodos de inactividad entre una y otra, pero el nuevo espectáculo, según se desprendía del cartel, un anuncio sencillo y barato, no era una obra sino una función de espiritismo.

GRAN TEATRO MARTÍNEZ LÓPEZ

Presenta

LA DAMA DE LOS ESPÍRITUS

Famosa vidente y médium

Eso era todo, ni un retrato de la tal Dama, ni una fecha, ni más explicaciones. Como tantas otras veces, Claudio se limitó a hacer su trabajo, recogió sus cosas y regresó al interior.

Al día siguiente llegó un caballero. Claudio pudo verlo desde una esquina del vestíbulo, a través de los cristales de la puerta. Desde la acera opuesta, observaba el decrepito teatro con ojo experto mientras se retorció el bigotillo. Llevaba gafas de montura dorada, un traje negro brillante, nuevo, así como botas y bastón. Con

paso decidido, echó a andar hacia la entrada. Tan rápidamente como pudo, Claudio se refugió detrás de una columna con la espalda pegada a la pared. No tenía el más mínimo deseo de hablar con aquel caballero, darle explicaciones de por qué el teatro estaba en semejante estado o aguantar sus comentarios. No, mejor que lo dejara en paz. Claudio oyó las puertas abrirse y cerrarse y los lentos pasos del caballero sobre la madera.

—Buenos días —dijo, y el eco de su voz repicó en las paredes—. ¿No hay nadie?

...

EL BUREAU

Rubén Décrit

Había vuelto al despacho con un descafeinado de máquina y el periódico bajo el brazo. Lo habitual en mí era tomar el café con cafeína, pero aquella mañana notaba mi pulso algo acelerado. Me aseguré de cerrar la puerta para tener un momento de sosiego mientras mi viejo casete reproducía una pieza de música clásica y me senté a disfrutar de ese instante de calma. No duró demasiado, pues escuchaba ruido y voces fuera, en el despacho contiguo por el que se accedía al mío. El típico barullo que precedía a las llamadas a mi puerta. Eso generaba en mí ansiedad, intuyendo la visita casi diaria que se avecinaba. Para momentos así, había colocado estratégicamente unas piedras en la mesa auxiliar, en posición zen, que provocaban en mí un efecto placentero y calmante. Mis queridas piedras... Entre ellas y yo, sobre la esquina de mi escritorio, se alzaba un pequeño pero imponente busto de Valle-Inclán, que me observaba con ese gesto huraño que le daba el bronce a su cara velluda. Toda la escena quedaba gratamente iluminada por las robustas y verdes hojas de un precioso ficus que había colocado hacía varios meses en un rincón despoblado del despacho.

Antes de dar el último sorbo al café, giré levemente mi silla hacia la derecha y me detuve a observar los cuadros de René Magritte. Parecían imágenes sacadas de mi propio cerebro y, a veces, quedaba embelesado mirándolas, escudriñando cada detalle, imaginando cada trazo, dejándome absorber lentamente por el surrealismo

y el colorido de las pinturas. El ruido cesó: falsa alarma. Aproveché para continuar admirando los cuadros, resistiéndome a empezar con mi trabajo, exprimiendo los minutos al máximo; incluso me reacomodé sobre la silla, inclinándome hacia atrás para recrearme en mi análisis. Aquellas pinturas parecían transportarme a otro lugar. La música, atrayente y ceremoniosa, se fusionaba con esa belleza plástica, creando un clima de serenidad que me hacía olvidar que estaba en el trabajo.

Parpadeé repetidamente. La oscuridad que reinaba al otro lado de la ventana del despacho no era aquella luz radiante que disfrutaba durante el momento de mi café. El reloj marcaba las 23:00. ¡Me había quedado dormido! Pero ¿cómo había pasado tantas horas durmiendo? Salí con cuidado, atravesando los despachos desiertos hasta la puerta principal, como si fuese un delito caminar por allí a esa hora. Tuve que colarme en la cabina del conserje para coger una copia de la llave que abría el portal del edificio y, al salir, cerré por fuera. Mientras procuraba no hacerme un lío con las llaves, subí al coche, que permanecía solitario en el inmenso aparcamiento, y puse rumbo a casa, con un ánimo algo melancólico que contrastaba con las rítmicas canciones de los ochenta que sonaban en la radio. Cuando llegué, dejé caer mi maletín en la entrada y fui directo a la cocina para preparar algo de cena.

El festín se componía de un surtido de embutidos que minuciosamente había cortado en rodajas y depositado en un plato, reposando unos encima de otros, acompañados de un buen trozo de queso y más pan del que en principio necesitaría.

Con cierta sensación de urgencia, me senté delante del televisor y me dispuse a devorar mi gran obra mientras buscaba algún programa que no invitara demasiado a la reflexión.

La televisión seguía encendida, llenando de intermitentes destellos el oscuro y tétrico salón donde me encontraba ahora, algo adormecido tras la pesada cena y tres cuartos de una botella de vino.

...

LOS PENSAMIENTOS DEL SEÑOR SALAZAR

J. G. Dante

Una hoja marrón se soltó del árbol y se encaminó con el viento hasta el porche de la vieja casa de los Salazar. La que en sus años mozos fuera la más bella de toda la cuadra, hoy lucía apenas como la sombra del recuerdo de lo que fue. Los niños crecieron y se fueron, el perro se escapó una noche y la señora Salazar había fallecido hacía cinco años más o menos; solo el señor Tomás Salazar habitaba en esa casa. Como un alma en pena, se asomaba de vez en cuando por alguna de las ventanas, dando motivos de sobra a los niños del barrio para inventar extrañas historias. Es más, ya habían comenzado a especular acerca del «fantasma del viejo en la casa embrujada».

El interior de la casa era tétrico (*estúpido frasco de mermelada, si piensas matarme de una rabia, te tengo malas noticias*), como un eterno velorio, pero sin magdalenas que lloraran por el pasado, y en el que todas las flores se hubieran marchitado mucho tiempo atrás. (*¡Bah! Me rindo. Después de todo, ni quería mermelada... estúpido frasco, estúpida mermelada*). Un olor familiar y acogedor comenzó a esparcirse por el aire, rompiendo el miedo a la oscuridad (*huele rico. Mermelada, ya no te necesito*). El aroma venía de la cocina. Ahí estaba el señor Salazar, en pie frente a la encimera, intentando voltear un pan que comenzaba a humear sobre el tostador (*estúpido pan que no se voltea, de seguro mi Luchita hubiera podido darle la vuelta al*

tiro). El hombre era mayor, o quizás más que eso; el poco pelo que lucía en la cabeza era cano y su piel estaba tan arrugada y flácida que las bolsas de debajo de los ojos le daban un aspecto en extremo fúnebre. De hecho, más de una vez un médico distraído había tenido el desatino de confundirlo con un cadáver en el hospital. (*¡Quema, quema! Cómo te extraño, Luchita*). En una ocasión, durante un examen de rutina, el viejo se quedó dormido y cuando despertó estaba en la morgue (*qué sabroso está el té esta mañana tan triste*).

Después del desayuno, el señor Salazar se sentó en el sillón, antiguo como una reliquia, que estaba al lado de la ventana que daba al patio trasero. Su semblante era triste y sombrío; cerró los ojos y sintió el silencio tenebroso y funesto de la soledad más profunda, aquella que no depende de cuánta gente tengas a mano, pues es igual si tu sola compañía son los espacios vacíos.

Una baliza pasajera iluminó la casa de rojo unos segundos (*cómo te extraño, Luchita, hoy se cumplen cinco años desde que me dejaste solo; jamás perdería la cuenta*). Sonó el timbre de la puerta (*malditos muchachos que tocan el timbre y luego corren...*); el viejo Tomás se puso de pie con dificultad mientras decía algo a regañadientes y caminó hacia la entrada (*como lo hacen todos los días, un día los voy a atrapar y los llevaré a la policía*), pero no había nadie (*ya lo decía yo, estúpidos mocosos*). Una ráfaga de viento helado hizo que el señor Salazar se diera la vuelta: había dos hombres dentro de la casa, un policía y un paramédico. Estaban conversando.

—¿Habías visto algo así antes, Daniel?

—No, jamás, en veinte años de servicio. Lo único bueno de todo esto es que ese viejo cascarrabias dejará de asustar a los niños del barrio.

(¿De qué hablan, señores?).

—¿Oye, fue Sandra quien recibió la llamada del señor?

—Sí, ella fue.

(Disculpen, pero estoy oyendo todo. ¿Sería alguien tan amable de decirme qué pasa?).

—¿Aún trabaja con ustedes? Qué maravilla. Creo que iré a darme una vuelta a la estación de policía un día de estos, o quizá podrías arrestarme, Daniel, así podría verla veinticuatro horas *enteritas*.

—No creo, Camilo, no me pagan por hacer de cupido.

(Maleducados; primero irrumpen en mi casa y ahora me ignoran, par de primates. ¿Qué se creen? Salgan de mi casa, ahora... ¡Ahora!).

—Camilo, ¿sentiste eso?

—Sí, creo que fue el viento. Mejor salgamos de aquí, no tardarán en llegar los peritos.

...